

de las lecciones que os da su vida, de los ejemplos que os ofrece su muerte, y de los socorros que os proporciona su proteccion. Confiando su gloria, esforzaos para merecer aquella de que goza, y yo os deseo.



PA-

PANEGÍRICO  
DE SANTO DOMINGO

DE GUZMAN,

Fundador del Orden de Predicadores:

PRONUNCIADO

*En la Iglesia de las Señoras de la Cruz-  
Roxa de Charona, y en los Dominicos  
de San Germano.*

*Dedit mihi linguam eruditam, ut sciam  
sustentare eum, qui lapsus est verbo.*  
Dios me ha dado un pico eloquente,  
para mantener la debilidad con la  
fuerza de mis palabras. *Isaias, 50. 4.*

La superior y divina sabiduría es quien re-  
parte, como gusta, los talentos á quienes el  
mundo admira. Aquellas lumbreras de la Igles-  
ia, aquellos árbitros de la palabra, aquellos  
hombres que son los oráculos de la Religion,

V 2

lo



lo son, hablando propiamente, de la prudencia, porque ella es quien les forma, y á ella solamente deben atribuir sus sucesos. *Dedit mihi linguam eruditam, ut sciam sustentare eum, qui lapsus est verbo.*

Entre aquellos hombres que han llevado el ministerio de la palabra al mas alto grado de perfeccion, ocupa uno de los mas distinguidos lugares el nuevo Isaías, cuyo elogio escucha vuestra piedad. Modelo y padre de los predicadores, entre quienes con solo oír el nombre de *Domingo* se representan continuos, infinitos y gloriosos trabajos. Como ingenio vasto y sublime, y orador persuasivo y penetrante, supo triunfar igualmente que de las pasiones del corazon, de las preocupaciones del entendimiento. Declararse contra el error y vencerle, era el plan de su apostolado; pero lo que os le representa aun mucho mejor, es el haber estado siempre atento en honor de la gloria, para enviar á Dios el homenaje de sus conquistas: esto sí que es lo que os le pinta de lleno y como de un golpe. *Dedit mihi linguam eruditam, ut sciam sustentare eum, qui lapsus est verbo.*

En efecto, *Domingo* no debe su gloria sino á Dios: ved aquí el mejor compendio de su elogio, quiero decir, el elogio de un hombre consagrado al ministerio de la palabra, y á quien el cielo corona todas sus empresas.

Aumentando *Domingo* la gloria del Señor, trabajaba como predicador. *Punto primero.*

Aumentando Dios la gloria de *Domingo*,  
lo-

lograba éste el suceso del predicador. *Punto segundo.* AVE MARÍA.

## PRIMERA PARTE.

Si yo estuviera encargado de componer el Panegírico de un grande del siglo, mas conocido por su nombre que por sus virtudes, y si para suplir la flaqueza de sus acciones necesitara valerme de los ornatos de la eloquencia, buscaria en sus mayores lo que quisiera hallar en él mismo; encubriria sus defectos con su gloria, y daria á su nacimiento los honores que mereciese para suplir las alabanzas de que no era acreedor.

En el elogio de *Domingo* no me detendré en estos rasgos de vanidad. El que yo debo presentaros es el vencedor de la heregía, el apoyo de la Iglesia y el oráculo de los predicadores. Las grandezas del siglo no detienen á mi consideracion; prefiero sus virtudes á su nobleza, y no me acuerdo de que sus padres fueron los Guzmanes: procuro no hacer caso de lo que debió á sus mayores, y solo me deleytaré en deciros lo que le debió la Religion. Su zelo solamente es el que fixa mi consideracion. Zelo caritativo por cierto, que dispuso á *Domingo* al ministerio de la palabra. Zelo sabio, que fertilizó en él. Y zelo sufrido, en fin, que le hizo mantenerse en el propio ministerio.

Si consideramos el caritativo zelo que dispuso á *Domingo* al ministerio de la predicacion, debemos de tener tambien presente, que



la caridad es el carácter esencial del verdadero zelo. *Zelum tuum inflammet caritas*. Este es el primer movimiento de que fué susceptible su corazón. No es mi intento buscar en sus primeras acciones un presagio feliz de lo que debía ser. El decir que se desprendió del mundo antes de conocerle, el representarle ya entre los fervores de la oración, ya aplicado al estudio y siempre víctima de la penitencia, y el mostrárosle siempre firme en su juventud, sabio sin vanidad y con dignidad modesto, podría fixar vuestra atención con esta pintura, y mucho mas quando con ella se atrae *Domingo* el afecto de España, y le admira Valencia al reconocerle. No diré que como discípulo, sino como maestro, poseía las ciencias antes de aprenderlas. Pero no nos confundamos con estos primeros acontecimientos, y vamos á otro punto que con singularidad llama mi atención.

Figuraos, si es que podeis, una justa idea de aquellos desgraciados tiempos en los que gemia la tierra con una triste sequedad, y causaba la esterilidad por todas partes la mas terrible y consternada desolacion. ¡Dias ciertamente de miseria y de afliccion, en los que el rico parecia dexaba de serlo, y el miserable experimentaba con mas viveza todos los rigores de la indigencia! ¡Dias funestos y desgraciados, en los que abatido el pueblo con el peso de los trabajos se veía obligado á ceder á la calamidad, y abandonarse á los impulsos de una cruel desesperacion! ¡Dias señalados por el brazo de la di-

vina venganza! Ya me parece que se apodera de vuestra alma un secreto estremecimiento, ya se representará á vuestro admirado espíritu un padre lánguido y débil que recibe en sus brazos al hijo que está viendo morir, y que muy en breve sigue al sepulcro. A una madre desnaturalizada, digámoslo así, que quita á sus hijos la vida que les ha dado, y se alimenta de una carne formada en sus entrañas: este es el último recurso que la queda; la naturaleza no tiene ya en este caso ningun sentimiento, ni la humanidad ley alguna. ¡Dichosos aquellos á quienes una repentina muerte les ahorra del furor de este azote! ¡Desgraciados aquellos que vivian para aguantarle! Sufrian sin socorro y casi sin esperanza alguna, creyendo acabar mil veces sin perecer solo una.

En estos términos, y tal vez aun en mas deplorable situacion, se presentó á la caridad de *Domingo* el reyno de Leon. ¡Desgracia fatal y extremada! Mas ¿que es lo que no hará la caridad? Su actividad le hacia superior á los contratiempos. Muy poco contento con mezclar sus lágrimas con las de tantos desgraciados, sacrificaba su reposo y repartia ademas sus riquezas. Santamente prodigo, todo lo cedia, y nada dexaba para sí. En sus bienes solo le hacia ver la Religion los bienes de los pobres. Sus obras, monumentos preciosos, de los que sacó aquella divina ciencia que debía iluminar al mundo algun dia, sus libros digo, fueron una de las alhajas de que se despojó, haciéndoles



servir al remedio de las urgentes necesidades que se presentaban á su caridad. Mas ¿que digo yo? El mismo *Domingo* se sacrificaba á sí propio.

Bañada en lágrimas una muger, anegada en suspiros y penetrada de dolor, se postó á sus pies, manifestándole la triste situación en que se hallaba. Al verla nuestro *Santo*, se tuvo por muy dichoso en tomar un caritativo interés por la mocion de su corazon. Un querido hermano que tengo, le dice ella, es el único remedio de mi indigencia. ¡Pero ah! que él gime entre las cadenas de los infieles, y su libertad solamente puede causar mi felicidad al paso que su cautiverio mi muerte. Ah! lo cierto es que yo tendré que ceder á mis desgracias, si ese hermano, cuya vida me es todavía mas preciosa que la mia, no vuelvo brevemente á tenerle á mi vista. Estas últimas palabras fueron interrumpidas con un nuevo llanto. Acabó de manifestar su sentimiento ántes de haberle casi empezado. El vivo dolor que experimentaba no la permitía explicarse de ningun modo.

¡Que lance para el corazon de *Domingo*! La tardanza sería muy contraria á su ternura, é irritaría los males que á su parecer tardaba ya en remediar. Mas ¿quales serán sus beneficios? Ya no le habian quedado de sus bienes sino la gustosa memoria de haberles repartido entre un afligido pueblo. Pero me engaño: aun le quedaba el último tesoro que era el de su misma persona. Como prodigio de

de la mas heroyca caridad, ofreció los dias de su vida con súplicas y ruegos. Mas ¿que cosa habrá á quien él no obligue? Ah! Librar á un cautivo á expensas de su libertad, era una felicidad que envidiaba: esta era la gloria que deseaba adquirir.

A vista de tales sentimientos no se puede dudar, que él fuese un hombre digno de abrazar el ministerio de la predicacion. ¡Con quanta facilidad mueve y convence el que sabe apoyar sus discursos con los exemplos mas apreciables! ¡Que bien persuadirá *Domingo* el menosprecio de una vana fortuna constituyéndose voluntariamente pobre! ¡Que concepto tan ventajoso se puede formar de un hombre que es al mismo tiempo el padre de los pobres, el oráculo de la verdad, y, en fin, el ornamento y defensor de la Religion! El copiar en sí mismo las virtudes que se quieren inspirar á los demas, es la obra mas maravillosa, y el mas seguro garante del suceso.

Ya se habia percibido, extendido y admirado la reputacion de *Domingo*. Por lo mismo le incluyó el Obispo de Osma entre su clerecía, uniéndole á su Iglesia por los vínculos sagrados, y ensalzándole á las primeras dignidades. Caminaba con pasos agigantados de virtud en virtud, y el Sacerdocio daba á su santidad una nueva brillantez. Viósele abrazar la carrera del Apostolado, y España tuvo la fortuna de oírle sus primeros oráculos. No tardó tampoco la Francia en ser el teatro de sus trabajos y de sus conquistas. Aquí ya se me presenta el asunto con di-



ferente colorido. Lo que le iba á hacer amable y fecundo, era un zelo caritativo y prudente. Mas para daros completa idea del triunfo de mi héroe, debo representaros el carácter de los enemigos que le excitaban al combate. Acia la mitad del XII. siglo acababa de levantarse una nueva heregia, que se atrevia á emprenderlo todo; y siendo por desgracia demasiado feliz en la execucion de quanto habia querido hacer, atrajo á la Religion con su impío sistema los golpes mas terribles y fatales. Era poderoso y sostenido su partido por los príncipes, con especialidad por el rey de Aragon, que con otros enarbolaba por todas partes el estandarte de la rebelion. Guiados por la audacia y favorecidos por los sucesos, parecia que amenazaban á la Iglesia con una ruina próxima, como si esta pudiera caer á impulsos de los golpes de sus enemigos. Ya estaban muchas provincias dañadas con este fatal veneno, y la Francia era el muro en donde se hacia fuerte el error. Desde el centro de este dilatado reyno se extendió por toda la Europa. La mentira se producía con el velo de la verdad, y hacia tomar á esta el carácter de la impostura. Gemia la Iglesia, y con solo una heregia parecia que revivian todas las demas.

Ya no se miraban los misterios sino como vanas supersticiones inventadas para sorprehender la credulidad de los pueblos. El Arianismo renacia al parecer de sus cenizas: ya no era Jesu-Christo igual á su Padre. Considerado como un Profeta, no se le tenia ya co-

como un Hombre-Dios. Los nuevos sectarios de Nestorio quitaban á Maria la admirable prerogativa de ser Madre Virgen. Tambien se veia renovar la funesta doctrina de Manesio; en una palabra, á dos príncipes que siempre peleaban y jamas se destruían. ¿Quantos otros errores alteraban en aquel tiempo la pureza de la fé? Aun antes del nacimiento de Calvino se dexaba ya descubrir su secta.

Yo, señores, os he pintado la heregia de los Albigenses sin haberla nombrado expresamente, como que no la podeis desconocer: Pero ¿como era posible que nadie hubiera pensado en que estas estrafalarías imaginaciones del espíritu hubieran hallado obstinados y ciegos partidarios? Mas ¿que digo yo? Bien sé que la razon humana se halla algunas veces gozosa en el seno de las tinieblas, y gusta extraviarse por los caminos mas opuestos. Lo cierto es, que triunfaba el error y se aumentaba sin cesar. Estaba acreditado el vicio, ultrajada la virtud, trastornados los altares y demolidos los templos. Tales eran los trofeos que levantaba la heregia en gloria suya.

Presentóse Domingo en medio de la tempestad con que se veia amenazada la Iglesia. Este era el nuevo Jeremías que, como una inmutable columna, debía sostener á la Religion contra el furor de sus enemigos. *Ego dedi te in columnam ferream* (1). Habla nuestro Santo, y á los primeros esfuerzos de su zelo

se

(1) Jerem. I. 18.



se admira Roma. Ya creía esta ciudad, que con aquel nuevo Apóstol tenía el Vaticano el apoyo mas firme. Pero no tardó en sobrepujar á las mas lisonjeras esperanzas que de su zelo se habian concebido. Como predicador lleno de fuerza y prudencia, todo el mundo christiano experimentaba los trabajos de su apostolado.

He dicho, señores, que era un predicador lleno de fuerza y prudencia; porque se ven muchas veces hombres llenos de un zelo ardiente que son tímidos por reflexión. Atacan al error, pero con menos intrepidez que la que se necesita. Puede decirse, que su ingenio se reduce á eximirse de las vengadoras amenazas de sus enemigos, y que al mismo tiempo que se empeñan en el combate le temen. Circunspecto siempre *Domingo* y jamas temeroso, advertía con su prudencia los peligros y los remediaba. Ellos mismos se pueden decir que le daban una nueva actividad. Por desconfiar de si mismo, era en ellos sumamente constante. Aunque fué sabio sin timidez, jamás se expuso su zelo á disputas indiscretas: sin embargo de que por otra parte no reusó nunca las empresas mas difíciles. En la grandeza de los proyectos, se manifestaba con brillantez aquella prodigiosa intrepidez con que á cada paso amenazaba. En la ejecución de los trabajos, se valía de aquella admirable sabiduría para prepararlos, obrar y triunfar con ellos.

Yo no me empeñaré en seguir á *Domingo* en la rapidez de su carrera. Si os dixera que el

el rigor de las estaciones y el horror de los peligros eran débiles obstáculos para la impetuosidad de su zelo: si os dixera que surmontando las rocas, las montañas, los precipicios y las emboscadas, abría una senda facil á los corazones á quienes quería catequizarse: si os dixera que volaba de ciudad en ciudad y de provincia en provincia, atacando por todas partes á la heregía y llenándola de confusion; y, en fin, si os dixera, que los mayores templos no bastaban para contener el prodigioso número de sus admiradores: ¿no me acusaríais, señores, por no haber dado baxo un punto de vista muy brillante el apostolado de *Domingo*? ¿No me enviaríais con razon á las ciudades que fueron el lugar de su predicacion para que me instruyese de las infinitas maravillas que habia dexado de referiros? No tengo mas que preguntar á Tolosa, Albi, Carcasona y Agen para que cada una de ellas me diese á entender los infinitos milagros de prudencia de que las habia hecho testigos su zelo.

Monreal le vió confundir en públicas conferencias á los ministros del error. En vano afectaban un silencio sospechoso los corrompidos jueces que se habian escogido para decidir entre los dos partidos, y pensaban que condenando á la heregía habian de ser condenados tambien ellos mismos. Con su prudencia les obligó *Domingo* á ser los mas desinteresados panegiristas de la verdad despues que fueron sus mercenarios apoyos.

La prudencia de nuestro Santo fué la que  
en



en Tolosa hizo salir la luz del seno de las tinieblas. Sabía dar tiempo á sus contrarios en medio de las mayores disputas para descubrir mejor su doctrina, sorprenderles, aismarles y anonadarles con ella misma. Como juez lleno de circunspeccion condenaba con fuerza y con modestia; y por la sabiduría de su conducta, humillaba el orgullo de los grandes, destruía la preocupacion de los pueblos y quitaba á la heregia sus mas firmes apoyos y mas zelosos protectores. La heregia, pues, solo se mantiene en quanto se descubre: el verdadero medio de destruirla, es el de dexarla que se manifieste.

Aquí, señores, se abre un dilatado campo al prudente zelo de *Domingo*. Levantáronse en Montpellier dos hombres capaces de pervertir á la mas iluminada piedad. Unidos por la conformidad de sus sentimientos y costumbres, parecia que se reproducian mutuamente el uno en el otro. Ambos premeditaban unas mismas empresas, temian los propios trabajos, y conseguian iguales sucesos. Como espíritus ligeros, brillantes y con habilidad para encantar por medio de las gracias de la eloqüencia, sabian ocultar su veneno de mil diestros y distintos modos. Eran incrédulos por un extravío de la razon y apoyos del error por una interesante política: otro tanto mas perjudicial, en quanto una santidad aparente les libraba del rigor de la crítica y de las sospechas. Como árbitros soberanos y oráculos respetados universalmente, solo se les miraba para imitarles, y se les escuchaba para ad-

admirarles. Estos son hombres distintos de los demas.

¡Quan dificultoso es borrar de un pueblo entero las ideas que ha concebido por ventajosas! ¡Quan dificultoso es poder aclarar la vista sobre la que la preocupacion ha extendido un velo favorable! El persuadir á toda una ciudad que se ha dexado sorprender por la impostura, y hacerla creer que aquellos á quienes miraba como apóstoles de la verdad, eran justamente los que la atacaban, es sin disputa una obra dificultosísima. No obstante, nuestro Santo la emprendió y executó. En unas grandes disputas desmenuzó y puso en claro los artificios de aquellos pretendidos apóstoles, y en la cátedra de la verdad censuró su doctrina. Dasafianle sus enemigos al combate, y él les esperaba con prudencia. No, no podreis libraros, ministros del engaño, no podreis libraros, vuelvo á decir, de la vergonzosa deshonra que os está preparando delante de vuestros mismos admiradores: ella será quien os descubra y humille con mayor rubor y confusion vuestra. Vuestro silencio dará el mas eloqüente testimonio de su victoria.

¶ Pero mientras yo me detengo en esta relacion, veo que el azote de los Albigenses camina como de combate en combate. Por todas partes obraba prodigios su poderosa palabra; y por todas ellas se aplaudian sus talentos. En efecto era así: mas no creais, empero, que fuese *Domingo* uno de aquellos oradores, cuya reputacion únicamente se sostiene



ne entre algunas personas interesadas en su alabanza. Bastaba oírle para edificarse, moverse y transportarse. Un voto unánime y general no me parece que es equivoco. Por todas partes se aumentaban las mas admirables conversiones. Sin embargo, señores, no creais que cautivase las atenciones por medio de discursos pomposos y trabajados con arte. Apoderarse de los entendimientos con los molestos adornos de una ingeniosa eloquencia, es un género de predicacion que ni conoció, ni quiso conocer nuestro Santo. Procuraba menos lisonjear el espíritu que mover el corazón. Sencillo con dignidad, hablaba el language de las sagradas Escrituras. Era sólido intérprete de los Chrisóstomos, de los Ambrosios y de los Agustinos, cuyos talentos, doctrina y virtudes copiaba en sí. Tales eran las poderosas armas con que su sabiduría se oponía á las vanas sutilezas del error. Pero aunque atemorizado éste, no le dexaba todavía en paz. De sus inanimadas cenizas parecia que retoñaban otros de nuevo. ¡Que tormenta se preparaba! Quando la heregia puede campar con la venganza, siempre ha sido esta muy terrible. Solo se levanta del seno de su sepulcro para precipitar en él á su vencedor. Sus golpes son otro tanto mas temibles en quanto se descargan con mayor destreza. O, por mejor decir, ¿que puede el furor de la heregia contra la paciencia de un Apostol? Este se burla de la rabia de los enemigos. *Insultat periculis*. Se tendría por dichoso caer á impulso de sus golpes: su muerte

te sería su triunfo. *Ridet mortem*. Su invencible valor apacigua las mas violentas tempestades. *Omnia vincit*.

El retrato que yo os presento, oyentes míos, no es imaginario: es el verdadero retrato de *Domingo*. Este Profeta de la nueva ley tuvo, pues, muchas pruebas que aguantar, é infinitas persecuciones que sufrir. Es cierto que fué un hombre atacado por el error; pero tambien habia experimentado éste muchas veces de él la misma suerte. Aquel tiempo de contradiccion fué el mas dichoso de su triunfo. En el ministerio de la predicacion le dirigía la sabiduría, y le sostenia y coronaba la prudencia. Yo me figuró á nuestro Santo del mismo modo que aquellos primeros héroes del christianismo que se vieron continuamente acometidos y fueron siempre superiores á los ataques: siempre perseguidos y jamas vencidos en medio del fuego de las persecuciones, y nunca mas terribles á sus enemigos que quando parecia que eran sus víctimas.

No ignoro que algunos espíritus sediciosos se atrevieron tambien á producirse contra él con discursos satíricos é infames. Quando advertían constantemente la virtud de nuestro Santo, se levantaban contra el proyecto de su mision. Decian que era guiada de la política y que no tenia parte la Religion en su zelo. Llegó por fin á acusarla la calumnia en Carcasona; á condenarla la credulidad y á prestarse la injusticia para sacrificarle. Tránsito siempre *Domingo* dentro de sí mismo, sufría y callaba. Me parece estar viendo á un